



“La Patria es una misión. Si situamos la idea de Patria en una preocupación territorial o étnica, nos exponemos a sentirnos perdidos en un particularismo o regionalismo infecundo. La Patria tiene que ser una misión. No hay continentes ya por conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista. Pero va caducando y a en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro.”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 351 (2ª Época). Diciembre 2021

1. **¿Dónde están los restos de Andreu Nin?.** José María García de Tuñón Aza
2. **Referentes** Manuel Parra Celaya
3. **Un apellido ilustre.** Carlos León Roch
4. **Galdós y la verdad inventada.** José María Ramírez Asencio
5. **El asesinato de Primo de Rivera.** Pedro Fernández Barbadillo
6. **No es un 20 de Noviembre cualquiera.** Eduardo López Pascual
7. **¿A quién creer? La importancia del criterio personal.** David Guillem-Tatay
8. **Siempre de pie, nunca de rodillas.** Emilio Domínguez Díaz
9. **José Antonio y la poesía como estrella polar.** Jesús Cotta
10. **Laurel.** Demetrio Castro Villacañas

En junio de 1937, por la policía secreta de Stalin que actuaba en la España roja durante la Guerra Civil, fue asesinado Andreu Nin, secretario del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), sin que jamás haya aparecido su cadáver, muy posiblemente porque a los que tanto hablan ahora de la ley de la memoria histórica y otras pamplinas, no les interesa. Es decir, a los que muchos les cautiva encontrar ahora los restos de los muertos que causó el franquismo, no les interesa encontrar los que causaron los comunistas, incluso los de sus propios camaradas que no quería seguir las consignas de Stalin



cuya fotografía, de grandes dimensiones, se exhibía en el Madrid rojo. Y ahora, muy recientemente, ante el asombro de muchos, pudimos verla también en el balcón del Ayuntamiento de Valencia y en la Universidad del País Vasco, por eso muchos alumnos y profesores de esa Universidad quedaron pasmados al comprobar que, en el campus de San Sebastián, había aparecido una gran pancarta en honor del líder de la Unión Soviética y genocida Stalin.

Andreu Nin nació en la localidad de Vendrell (Tarragona) en 1892. Desde muy joven sus inquietudes sociales le llevaron a militar en varios movimientos políticos de la izquierda donde pensaba que en ellos alcanzaría algún día la justicia social. Por esta razón, puso los ojos en la Unión Soviética y para allá se marchó como funcionario de la Internacional Sindical Roja hasta que fue expulsado por Stalin porque al parecer, en opinión del dictador ruso, Nin sostenía políticas muy cercanas a Trotski.

De nuevo volvió a España y aquí creó un partido con sus compañeros troskistas alejados del PCE hasta que al proclamarse la II República se les permitió actuar dentro de la legalidad, aunque su estrategia era que sus militantes se infiltrasen en el PSOE. Pero al final, Andreu Nin unificaba su partido con el Bloque Obrero y Campesino de Joaquín Marín, dando lugar al citado POUM. Sin embargo la persecución que sufrió este revolucionario, vino antes de comenzar la Guerra Civil en España. Una vez conseguida la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, y que algunos llaman «fraude y violencia», el PCE llevó a cabo una lucha enérgica contra los que ellos llamaban secta trotskista contrarrevolucionaria. El entonces secretario general del PCE, José Díaz, ya había declarado que el POUM debía de ser eliminado de la vida

política de España y en junio de 1937, el Gobierno presidido por Juan Negrín, prohibió ese partido y la decisión oficial permitió a los agentes comunistas interrogar a Andreu Nin sin que desde entonces sus camaradas lo volvieran a ver ni vivo ni muerto.

Por su parte, Carrillo, en sus Memorias, reconoce que la policía secreta rusa, la NKVD, practicaba en España la caza de brujas. En ese momento estaba en su apogeo en Moscú, de la que caían víctimas trotskistas, y cuantos fueran sospechosos de disentir de Stalin. Por esta razón, no podía ignorar a los soviéticos que luchaban en España, y Carrillo, sin ningún rubor, acusaba a la Unión Soviética de los crímenes que la NKVD cometía en España, entre los mismos el asesinato de Andreu Nin. Con ello, el líder comunista quería defender la independencia del PCE respecto al PCUS, pero aunque pudiera haber mucha falta de control por parte del PCE, no excluía la complicidad entre ambos partidos. El diario comunista Mundo Obrero, de fecha 25 de junio, publicaba una falsedad muy grande. Nada menos decía que Andreu Nin se había fugado. La mentira era tan repugnante que hasta el presidente de Gobierno no lo creía. Incluso, hicieron correr el bulo de que había sido detenido por la Gestapo. Haciéndose después famosas aquellas pintadas que decían: «¿Dónde está Nin? En Salamanca o en Berlín».

El socialista Julián Zugazagoitia, que llegó a ser ministro con Negrín, mostró siempre gran interés por saber el paradero del líder del POUM. En su libro Guerra y vicisitudes de los españoles -donde reproduce íntegro el testamento de José Antonio- escribe el siguiente diálogo que mantuvo con el director de Seguridad, el coronel Ortega, estando también presente el general Miaja:

–No tenga usted cuidado -le dice Ortega- que daremos con su paradero, muerto o vivo. Déjelo de mi cuenta.

–Cuidado, le advertí, el cuerpo de Nin no me interesa; me interesa vivo.

Muchos años más tarde, un alcalde de Oviedo, Gabino de Lorenzo, del PP, nombró una comisión para quitar el nombre a varias calles de la capital asturiana, por ejemplo: División Azul, Sargento Provisional, y también todo lo que tuviera que ver con José Antonio Primo de Rivera. Ese alcalde, un buen día, recibió a la hija del general Miaja y le prometió dar una calle a su padre, pero hasta la fecha la promesa de ese alcalde y otros que lo fueron posteriormente, no se ha cumplido. Sin embargo, aquella promesa tuvo



sus seguidores ya que el periodista Luis José, escribió «Ni por un lado ni por el otro debemos de renunciar a nuestra historia y mucho menos manipularla». Es cierto, así debe de ser, pero no recuerdo, que el periodista en cuestión, haya dicho nada cuando algunos ediles ovetenses borraron toda referencia a José Antonio Primo de Rivera de la ciudad de Oviedo.

2

Referentes

Manuel Parra Celaya

Al contrario de lo que pretenden inculcarnos las tesis individualistas, en su doble faceta neoliberal y posmoderna, el ser humano es social por naturaleza, abierto a la relación constante con todo el resto de su especie y, no se olvide, dotado de historicidad (a diferencia de los irracionales), es decir, vinculado por nexos transgeneracionales.

Por supuesto, ocupan un primerísimo lugar las vinculaciones nacidas de la familia, del amor y de la amistad, a las que se traiciona si caemos en su mitificación y no les concedemos los márgenes de error y variabilidad propios de nuestra frágil condición.

Pero también nuestra vida precisa de otros *referentes*, que pueden o no coincidir con aquellas relaciones que podríamos llamar primarias. Estos referentes -acogiéndonos a la acepción segunda que da la RAE al verbo *referir*- son los que nos “dirigen, encaminan u ordenan” una existencia en función de los valores y cualidades que representan. De hecho, toda persona suele contar con algún tipo de referente, sea de modo consciente o inconsciente; eso de *hacerse a sí mismo* no deja de ser una frase peliculera o novelesca.



En orden a los fines trascendentes del hombre, es indudable que, para los cristianos, el máximo referente es la figura de Jesucristo, que, como Hijo de Dios y Redentor, no solo nos abre las puertas de esa Trascendencia, sino que guía y orienta nuestra conducta mientras permanecemos entre las cosas inmanentes. Me imagino que los creyentes de otras religiones también cuentan con sus referentes fijos y supremos, que dan sentido a sus vidas en tanto permanezcan en su fe respectiva.

Los referentes estrictamente humanos también son necesarios en cada dimensión o faceta de la existencia. Podemos encontrarlos a nuestro alrededor, en la historia y en el mundo del pensamiento, en la literatura o en el arte; y aquí también se debe evitar el riesgo de la mitificación, que nos los puede convertir en puro mármol y en estatua inexpressiva, cosa que nunca fueron mientras duró su etapa terrenal. Estos referentes son los que Thomas Carlyle llamaba “*héroes*”; llegó a decir este autor, quizás exageradamente, que “*la historia del mundo no es sino la biografía de los Grandes Hombres*”; el *héroe* carlyliano es aquel personaje que puso todo su empeño en luchar contra la mentira y la hipocresía en defensa de la Verdad.

De niños solíamos tomar como referentes -o *héroes*, nunca mejor dicho- a personajes de ficción, cuyas aventuras deleitaban nuestros momentos de ocio en la lectura o en el cine, siempre en el mundo de la imaginación; estos referentes infantiles tenían la ventaja de carecer de sombras en sus conductas y actividades, eran *previsibles*, pero el inconveniente -si puede llamársele así- era que dejaban de ser una referencia cuando nuestra progresiva maduración los iba relegando a los fondos de nuestras bibliotecas y a un ameno recuerdo, cuando ya comprendíamos la irrealidad de sus hazañas. Desvelo ante el lector que mis referentes infantiles acaso fueran, por este orden, *Búfalo Bill*, el *Capitán Trueno* y, cómo no, *Guillermo Brown*.

No sé qué héroes de ficción tendrán los niños de hoy, pero sospecho que los que tengan carecerán de esa pátina inmaculada que nos servía antaño de patrones de ejemplaridad, todo lo ingenua que se quiera, pero necesaria para el desarrollo personal, a condición de que, después, fueran pasados por el tamiz de un realismo juvenil y, más tarde, plenamente adulto.

Los referentes históricos reales ya son otra cosa; podemos saber de ellos -salvo casos de incurable fanatismo- sus errores y aciertos, sus defectos y virtudes, en una palabra, su calidad humana y el posible legado que transmitieron a otras generaciones. En este caso, prevalecen el realismo total y el conocimiento nacido de la investigación erudita y el raciocinio personal, que hace que los mantengamos o no en el pedestal que ocupaban; si, además, dejaron huella en el campo del pensamiento humano, nuestra tarea adulta no es el de repetirlos, sino partir de ellos para elaborar nuestras propias reflexiones. Tampoco me importa confesar al lector que un referente esencial para mí es José Antonio Primo de Rivera, y coincido con el gran periodista que es Enrique de Aguinaga en que su figura alcanza el valor de *arquetipo*.

No olvidemos los referentes vivos que podamos tener, y he de decir que, en mi caso, me enorgullezco de conocer y admirar a varios, aunque en menguada cantidad por razones biológicas: cuento con la amistad de magníficos octogenarios y nonagenarios, cuyos nombres no cito por si alguno se aviene a leer estas líneas; estos referentes vivos me han maravillado y me siguen maravillando por la agudeza de sus

pensamientos y, sobre todo, por su trabajo y constancia hoy en día; su *inasequibilidad al desaliento* es un referente claro y a veces les repito que, de mayor, quiero ser como ellos.

Mucho me temo que una gran parte de la sociedad actual carece de referentes; acaso los que tienen son fugaces, momentáneos y circunstanciales, y duran lo que un azucarillo en agua (o una legislatura política). Y, sin embargo, además de los posibles referentes históricos, están esas personas vivitas y coleando, ejemplos de idealismo y de entrega al servicio de los demás; muchos de ellos, jóvenes que desprecian comodidades y señuelos que les pone por delante el hedonismo preponderante; y otros referentes pueden ser esos magníficos ancianos que he citado, que no han limitado sus jubilaciones a sestear al sol del mediodía o a contemplar obras callejeras,

Me confieso afortunado al ser consciente de que dispongo de buenos referentes y arquetipos, y solo espero que mis hijos y mis nietos también dispongan de ellos, aunque no sé si figuraré, humildemente, en sus marcos de referencia para el día de mañana.

3

Un apellido ilustre

Carlos León Roch

El actual gobierno social-comunista de España ha manifestado su decisión de reubicar la tumba de “Primo de Rivera” de su actual preeminente situación en la basílica del Valle de los Caídos (ahora ya Valle de Cuelgamuros), probablemente en la fosas comunes que acogen a más de 30.000 “muertos” en la Guerra Civil 1936-39; de ellos, 10.000 del bando republicano.

Y, no cabe duda que “Primo de Rivera” es un apellido ilustre, especialmente en el ámbito castrense y en el político. De ilustre estirpe militar, ya Joaquín Primo de Rivera y Pérez de Acal fue Gobernador de Maracaibo y padre de Joaquín P. de R. y Ortiz de Pinedo, coronel y afamado combatiente en la Guerra de la Independencia frente a los franceses.



Y Fernando Primo de Rivera y Sobremonte (1831-1921), que se distinguió en la guerra Carlista, fue ministro de la Guerra y recibió el título de marqués de Estella. Don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja fue un famoso militar de brillante hoja de servicios en Melilla, Cuba, Filipinas y especialmente en Alhucemas, donde en colaboración con Francia, acabó con la guerra del Rif. Y sí, Don Miguel fue “el Dictador”, consentido

inicialmente por Alfonso XIII...y abandonado posteriormente por él. Murió meses después, en 1930 en el destierro en París.

...Y José Antonio.

4

Galdós y la verdad inventada

José M^a Ramirez Asencio

Prefiero personalmente esta forma eufemística de denominar la simple y vulgar mentira, el falseamiento de la realidad, incluida la historia, que los medios han dado en llamar posverdad. Esta es la atinada definición de posverdad que nos ofrece el diccionario de la RAE: “Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales. Los demagogos son maestros de la posverdad”.

La periodista catalana Anna Grau ha publicado recientemente una traducción al catalán del Episodio Nacional “Gerona” de D. Benito Pérez Galdós, el número siete de entre los cuarenta y seis que escribió, y que versa sobre el asedio de esta ciudad catalana y española durante la Guerra de Independencia. La autora, que forma parte además del consejo asesor de Sociedad Civil Catalana, en una entrevista a propósito de la publicación de esta nueva traducción del magnífico Episodio Nacional del maestro entre maestros, afirmó que “demuestra que las divisiones que se intentan introducir en Cataluña no tienen base histórica”. Su libro es un intento más de combatir la mal llamada posverdad en uno de los lugares de nuestra maltratada España donde más se practica.

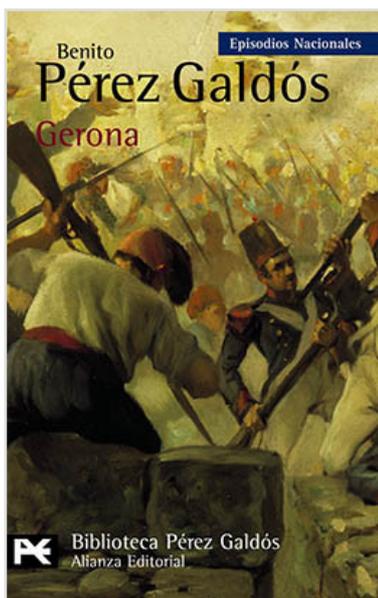


Galdós, canario de nacimiento, como sus padres, llegó a Madrid con diecinueve años y en la capital de España falleció, con setenta y seis. Fue, amén del gran novelista y dramaturgo que todos (y digo todos optimistamente, ojala en esta España actual todos lo hubiéramos leído) conocemos, uno de los más grandes de nuestra literatura, un impenitente viajero, y esta afición, casi una necesidad vital para el escritor, lo llevó en varias ocasiones a tierras catalanas.

En el año 1888, tras una visita a Barcelona, escribía en un diario bonaerense (La Prensa) el siguiente comentario en relación a la urbe catalana, con el que quería animar a los viajeros de ultramar a visitarla: “la ciudad espléndida que ha de ser, dentro de poco, una de las más bellas de este continente”. Más adelante, comenta, ante la admirada contemplación del nuevo trazado urbanístico de la capital catalana y al “grandioso ensanche, con sus hermosas vías y el Paseo de Gracia, incomparable avenida, que pronto había de rivalizar con las mejores de Europa”. En el mismo texto, Galdós señala el lujo y elegancia de los nuevos edificios así como que todas las calles están repletas de vegetación y arbolado y augura un porvenir a la ciudad paralelo al de Londres o Nueva York...

También habla Galdós en ese artículo para la prensa de Buenos Aires de como el alumbrado eléctrico, tan escaso aún en aquellos años, había proliferado en las calles de Barcelona, y afirma que no había “ciudad alguna en Europa que con mayor ni aún igual profusión lo posea”.

Me interesa resaltar lo que comenta el escritor sobre el pueblo catalán, sobre sus gentes y su hospitalidad: “es un pueblo morigerado y sobrio que, cuando llega la ocasión, sabe gastar sus ahorros y deslumbrar a sus huéspedes, haciendo gala de tanta esplendidez como inteligencia” y que “tienen el doble mérito de saber trabajar y saber vivir”. Galdós proclama así en ese año 1888, las virtudes del carácter catalán.



Galdós había visitado por primera vez Barcelona a últimos de septiembre de 1868, cuando regresaba de París donde había adquirido varios ejemplares de las obras de Balzac, y, a su regreso, se encontró con la revolución que derribó el trono de Isabel II. En sus “Memorias de un desmemoriado” dice, en relación a este hecho: “Toda España estaba ya en ascuas. Barcelona, que siempre figuró en la vanguardia del liberalismo y de las ideas progresivas, simpatizaba con ardorosa efusión con el movimiento”.

Valga esto para dar clara cuenta de la admiración y amor de Galdós hacia Cataluña como gran capital española y por sus gentes, por los catalanes como pueblo.

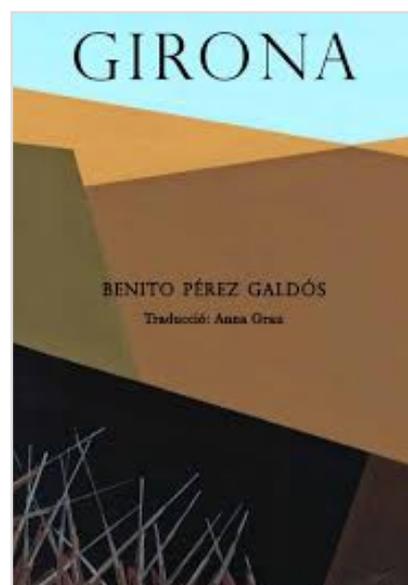
Cabe preguntarse ahora con todo derecho, ¿tiene una minoría, por grande que esta sea, derecho a modificar, al menos en el inconsciente colectivo de los restantes habitantes de nuestra patria común, el carácter, los rasgos definitorios, las virtudes que adornan y hacen admirable un pueblo?

Hablo aquí de Cataluña, claro, pero también de Vascongadas, de Navarra o de Baleares, Valencia....

Como nota irónica y melancólica a la vez, visto hoy a través del prisma de los acontecimientos acaecidos desde los años treinta hasta el momento actual, decir que Galdós, en ese largo artículo laudatorio de Cataluña y, más en concreto, de Barcelona, también expresaba un anhelo, “la aproximación moral entre Madrid y Barcelona” como clave del progreso de Cataluña y de España....

Vuelvo a la traducción al catalán de “Gerona” realizada por Anna Grau. La periodista afirma que las anteriores traducciones son antiquísimas “y nadie las ha leído, lo que es muy desesperante teniendo en cuenta la obsesión por la historia y el pasado que existe en Cataluña”. Obsesión que, añadiría yo, lo es por distorsionar y falsear esa historia y ese pasado.

El sitio de Gerona, al igual que el de Zaragoza, que narró Galdós en el Episodio nacional anterior a este, el sexto, ha pasado a la historia (a la real, no la inventada), como un ejemplo de valor y resistencia española dentro de la Guerra de Independencia.



Gerona, después de haber sufrido ya dos asedios en 1808, sufrió este tercer sitio que comenzó el día de seis de Mayo de 1809 y se prolongó durante más de siete meses a pesar de la enorme inferioridad numérica de los españoles. Los soldados invasores franceses cuadruplicaban casi en número a los nuestros. Murieron más de diez mil españoles, tanto soldados como civiles.

En la misma entrevista arriba citada comenta la periodista que Galdós, cuando relata el asedio a Gerona, afirma contundente que "ser gerundense y ser catalán era ser español, estaban todos unidos contra una invasión extranjera, quien hablaba catalán y quien hablaba español eran compañeros". Para Grau su traducción "es una manera de honrar una historia que ha pasado en Girona y de acercar a Galdós, un gigante de la historia que se intenta ignorar en Cataluña porque sus obras defienden una memoria compartida".

Así es, y así deberíamos todos los españoles que creemos y defendemos la integridad de nuestra nación no cesar de proclamarlo, Cataluña es España, España no sería España sin Cataluña, como tampoco lo sería sin Vascongadas, sin Baleares o Navarra.

En el año del centenario de la muerte de Galdós no se ha realizado ningún tipo de acto conmemorativo ni remembranza del grandísimo escritor en Cataluña (casi tampoco en España, también lamentablemente aquejada de esa terrible enfermedad que he llamado al principio de estas líneas como la de la verdad inventada), aquel que tanto amó a Cataluña, como también amó Madrid y a todas las ciudades y regiones de su querida España, relegado, falseado, ignorado y, muy posiblemente, vilipendiado, en la tierra que tanto admiró, por tantos y tantos ignorantes ahítos de fanatismo.

Tras el cuestionamiento, después del desastre de Cuba, de la españolidad de Canarias, de donde era oriundo, por algún que otro “desorientado” de los que hoy en día abundan, un numeroso puñado de isleños se reunió en la capital de España el 9 de diciembre de 1900 para honrar al escritor, que puso por título al discurso que pronunció ante aquellos insulares “La fe nacional”. En aquella proclama decía, entre otras cosas, “..Ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes, llevándonos a venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia..”.

Galdós era un patriota apasionado. Españolísimo hasta la medula, amó Cataluña como amaba todas las regiones que conforman nuestra patria: “...Cercano al sepulcro y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria! Maldigo al escéptico que te niega, y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día”.

En estos días en que nos llegan noticias, no por repetidas y frecuentes menos terribles, como que en los exámenes de selectividad en Baleares, Valencia o Cataluña, se examina a los futuros universitarios con textos claramente ideológicos de adoctrinamiento contra España, me apetece terminar recordando la figura inconfundible de D. Benito, cuando visitaba Barcelona, en repetidos viajes de placer, y se alojaba en el hotel Continental de la Plaza de Cataluña, muy cerca de la Rambla, el paseo de la libertad que el fanatismo y el nacionalismo supremacista y xenófobo quiere robar al resto de catalanes y los españoles todos. Vestido como solía, con su abrigo y una gorra, su bigote característico, quizá fumando un habano, y bajando a mirar esa orilla del Mediterráneo que ha hecho soñar a tantos y tantos barceloneses, catalanes y españoles desde hace siglos, por esa avenida que (todavía hoy, a pesar de todo y de todos) representa la Barcelona, la Cataluña abierta en una España unida que debemos luchar con denuedo para que vuelva a ser.

En marzo de 1936 el Gobierno del Frente Popular encarceló a José Antonio Primo de Rivera con la excusa de una posesión ilegal de armas de fuego. La misma izquierda que había montado la Revolución de Octubre (casi 1.400 muertos) y desperdigado patrullas que cortaban las carreteras se escandalizaba de que el fundador de la Falange Española de las JONS tuviera dos pistolas en su casa. Al no haber salido elegido diputado en las elecciones de febrero, José Antonio carecía de la inmunidad que daba un acta parlamentaria, aunque a José Calvo Sotelo ésta no le salvó cuando un comando terrorista socialista le sacó de su domicilio para matarle. El Gobierno de izquierdas también impidió que se pudiera presentar como candidato de las derechas a las elecciones repetidas en Cuenca en mayo.

El Gobierno ordenó su traslado a la cárcel de Alicante a comienzos de junio, un mes antes del alzamiento del 18 de julio. Allí se le sometió a un juicio farsa, en el que

los partidos del Frente Popular se volcaron para conseguir la condena del caudillo falangista, hasta el punto de coaccionar al jurado. La sentencia fue de pena capital porque se le consideró culpable del delito de rebelión militar. ¡Una persona que estaba encarcelada cuatro meses antes de que esa rebelión se produjese!



El 19 de noviembre de 1936 el Consejo de Ministros, presidido por el socialista Francisco Largo Caballero, el Lenin Español, recibió una petición de conmutación. Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, y los cuatro ministros anarquistas (Juan García Oliver, Federica Montseny, Juan Peiró y Juan López Sánchez) votaron en contra. Sólo defendieron la conmutación los ministros de Izquierda Republicana, Carlos Esplá y Julio Just. El Gobierno dio colegiadamente el enterado y Largo Caballero lo firmó como presidente. La pena se cumplió el 20 en el patio de la cárcel de Alicante.

De todos los testimonios y relatos sobre la ejecución, el escritor José María Zavala ha recuperado en un libro reciente y de gran éxito (*La pasión de José Antonio*) el de un testigo presencial. Se trata del ciudadano uruguayo Joaquín Martínez Arboleya (1900-1984), que se encontraba en España el 18 de julio porque trabajaba en una sociedad financiera con clientes españoles. En Alicante vivía en una pensión y otro huésped le invitó a asistir a la ejecución del señorito, porque ésta fue pública, como los guillotiniamientos de la Revolución Francesa y los apaleamientos de la Camboya de los jemes rojos. Arboleya acudió para no levantar sospechas.

En su autobiografía *Nací en Montevideo*, editada en 1970, Joaquín Martínez Arboleya cuenta cómo se desarrolló la ejecución. El fusilamiento lo realizó un piquete de ocho milicianos del sindicato anarquista CNT. Antes que José Antonio se fusiló a dos falangistas y dos carlistas a los que el tribunal popular había absuelto, pero a los que condenó el odio de los izquierdistas.

José Antonio se enfrentó a los fusiles con un mono azul raído y unas alpargatas, como un miliciano más, aunque con las manos atadas a la espalda con grilletes. Rechazó con firmeza la venda para los ojos y cuando se dio la orden de disparar gritó con fuerza "¡Arriba España!". Sin embargo, no concluyó ahí su sufrimiento, según el relato de Martínez Arboleya.

José Antonio recibió la descarga en las piernas. No le tiraron al corazón ni a la cabeza; lo querían primero en el suelo, revolcándose de dolor. No lo lograron. El héroe cayó en silencio, con los ojos serenamente abiertos. Desde su asombrado dolor, miraba a todos sin lanzar un quejido, pero cuando el miliciano que mandaba el pelotón avanzó lentamente, pistola (a)martillada en mano y encañonándolo en la sien izquierda, le ordenó que gritase "¡Viva la República!" —en cuyo nombre cometía el crimen—, recibió por respuesta otro "¡Arriba España!". Volvió entonces a rugir la chusma, azuzando a la muerte. Rodeó el miliciano el cuerpo del caído y apoyando el cañón de la pistola en la nuca de su indefensa víctima, disparó el tiro de gracia.

A punto estuvo de apoderarse del cuerpo del fundador de la Falange una chusma enfurecida que sin duda habría cometido las mismas mutilaciones con él que las que se cometieron con el del general López Ochoa en Madrid: decapitación y desmembramiento. El forense José Aznar Esterela, presidente del Colegio de Médicos de Alicante, no realizó la autopsia preceptiva. Tampoco se inscribió la muerte de José Antonio en el Registro Civil; el certificado de defunción se expidió en Alicante en julio de 1940, terminada la guerra.

Por último, los objetos personales de José Antonio no fueron entregados a su familia, sino que Prieto se los quedó: una maleta que contenía cartas a su amor, una novela inacabada, fotos, útiles de aseo... Como con tantas cosas que no eran suyas (el tesoro del yate Vita robado en España a sus propietarios), Prieto se quedó la maleta. Al menos no la gastó, a diferencia del oro, las joyas y el dinero. Prieto, a quien muchos falangistas siguen considerando un patriota y casi un aliado, guardó la maleta en la caja de seguridad de un banco mexicano. En enero de 1977 el albacea de Prieto, el socialista Víctor Salazar, entregó a Miguel Primo de Rivera, sobrino de José Antonio, las llaves de la caja. ¡Cuarenta años de apoderamiento ilegal!

En su nuevo libro (La pasión de Pilar Primo de Rivera), Zavala añade que Pilar Primo de Rivera y Martínez Arboleya, que se había incorporado a las tropas nacionales, coincidieron en la guerra en Salamanca, pero que el testigo de la ejecución de José Antonio no se atrevió a relatarle cómo había ocurrido.

Pilar pudo escapar de la zona roja bajo la protección de la embajada argentina. Embarcó en un crucero de guerra alemán, el Admiral Graaf Spee, en el puerto de Alicante, pero no pudo acudir a la cárcel para ver a sus dos hermanos encerrados en ella, José Antonio y Miguel. La futura jefa de la Sección Femenina conoció por boca de Franco la ejecución de su hermano, aunque se negó a aceptarla del todo. Hasta el 20 de noviembre de 1938, en que Franco confirmó por radio el asesinato, la zona nacional se habló de el Ausente para referirse a José Antonio.



Rafael García Serrano afirma que hubo falangistas que se hicieron matar en el frente cuando se enteraron de la noticia. Así interpretó José Antonio Jiménez Arnau (El puente) la ejecución, como epítome del holocausto de una generación que llegó a la guerra llevada por sus mayores.: *“Con aquel hombre, sin que ellos lo supieran, habían caído todos aquellos que él pusiera en pie. (...) la generación que se había encontrado los días de la caída del Régimen, la generación que quemara o impidiera quemar las iglesias, la generación revolucionaria, la que tocara a rebato, despertando al país de su siesta, ésa había caído fusilada. “*

“Brille sobre ellos la luz perpetua y a nosotros nos la niegue hasta que sepamos ganar la cosecha que siembra tu muerte”. Fueron las palabras que José Antonio pronunció tras el asesinato del joven Matias Montero, y que muchos camaradas repetíamos en los actos de recuerdo. Yo mismo las he dicho innumerables veces en infinidad de ocasiones, y junto a mí, tantos y tantos camaradas que, emocionados por el sentido de la oración, -era una oración-, nos sentíamos dispuestos a vivir por aquella demanda, y dejar comodidades y prebendas por hacer realidad aquel sueño.



Y sin embargo hoy no brilla ninguna luz para nosotros, porque muchos de los que nos llamamos falangistas hemos renunciado a ese juramento, hecho ante el acto de servicio más grande que es dar la vida por un ideal, y así quedarnos ciegos para siempre por no haber sido coherentes con esa promesa. No es este, al menos para mí, un 20 de noviembre cualquiera, sino la constatación de que jamás- ojalá me equivoque-, sabremos ganar la cosecha de que hablaba José Antonio. Y parece oportuno, hacer un paralelo entre los dos caídos, porque tampoco con el fundador de la Falange e impulsor del Nacional sindicalismo, los falangistas hayamos sabido conquistar el fin trascendente de su mensaje.

Al contrario, pienso que demasiados azules, por decirlo de alguna manera, se han arrepentido y todavía lo hacen (o hacemos), de escuchar aquellas palabras; han salido de nuestra filas para no sentir el peso o el valor de aquella invocación, han dado la espalda a un compromiso ético con el sacrificio que imponía, y es así que nunca brillará para ellos, o para nosotros, todo hay que decirlo, la luz que indicaría recoger cuando menos una parte visible de la cosecha.

Una cosecha implícita, pero diáfana y clara como el ideal joseantoniano: la revolución nacional sindicalista. Es decir, la transformación paulatina y permanente de España una, grande y libre, basada en la filosofía falangista. Y mientras tanto, ¿qué somos entonces?

Permítaseme trasladar una experiencia que tuve en mis clases hace una semana. Estaba explicando el fenómeno social, actual y ¿recientemente vigente? de la polarización. Me explico.

Cuando imparto en mis clases las características de la sociedad de hoy, hasta ahora me he basado en tres autores: Bauman, Brückner y Stevenson. El primero acuñó el certero concepto de la modernidad líquida y el consiguiente individualismo; el segundo el de la tentación de la inocencia, con el traslado de la responsabilidad personal a otros; el tercero el emotivismo, muy arraigado actualmente.

Los tres autores siguen estando vigentes.

Pero como la sociedad cambia, en su consecuencia estamos evolucionando hacia un cuarto signo de los tiempos, parafraseando la Constitución *Gaudium et spes*, el cual no es otro sino la mencionada polarización.

¿Y en qué consiste tal característica?

En que solo leemos, escuchamos y damos la razón al grupo al que pertenecemos. Sin mayor análisis. Sin la más mínima crítica. Es a ese grupo al que creo porque pertenezco a él ¿Por qué se da esta situación? Porque nos cuesta cambiar. Y nos cuesta cambiar porque el cambio exige esfuerzo. Concreto más para explicarme mejor.



Les decía a mis alumnos que los medios de comunicación estaban informando de una Sentencia de un Tribunal de Galicia, el cual había denegado la guarda y custodia de una hija menor a su madre porque vivía en la Galicia profunda, cuando la realidad de la sentencia era muy otra. Los motivos por los que se denegó la guarda y custodia a la madre nada tenían que ver con lo que los medios de comunicación informaron.

Entonces, un alumno me preguntó: si unos medios de comunicación dicen una cosa y otros otra, ¿a quién creer? La pregunta era muy acertada, es más, es la pregunta

que nos hacemos hoy... errónea y paradójicamente. Lo es porque nos llega demasiada información desde varios frentes: redes sociales, medios de comunicación, lobbys... Y esa información está cargada de opinión. La pregunta es, más bien, ¿quién hay detrás de esa información?

Mi respuesta, entonces, fue exhortarle, a él y a los demás, a que preguntaran para aprender, para adquirir conocimiento, para empezar a formarse una opinión, situación previa y necesaria para tenerla. Opinar es fácil; observar, describir y analizar no lo es tanto. Pero para conseguir esa finalidad, continuaba diciendo, hay que preguntar a la realidad, no a las opiniones de otros. Y eso exige tiempo y análisis, cuando hoy queremos obtener la respuesta ya. Nos llega excesiva información desde varios frentes, como digo, pero no es, en su naturaleza, puramente información, sino, más bien y por el sesgo editorial y/o interesado de quien está detrás, opinión. En resumen, nos falta analizar porque nos cuesta discriminar la información de la opinión, la descripción del análisis personal ¿Reacción? Creo a quien está de acuerdo conmigo, a quien pertenece a mi grupo, a quien no me hace pensar. Del individualismo hemos pasado al gregarismo.

Este es el momento en el que retomo el comienzo del presente artículo, en el que, nótese, principiaba aludiendo a la vigencia de la polarización, pero enmarcada entre interrogantes. Porque de vigencia tiene poco.

Ya lo profetizó Ortega en la *Rebelión de las masas* (2007, p. 82): “*La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba desapercibida, (...). Ya no hay protagonistas: sólo hay coro*”.

¡Qué importancia tiene aprender a adquirir criterio personal! Hoy más que nunca. Porque hay que vivir la vida, no que la vida me viva.

8

Siempre de pie, nunca de rodillas

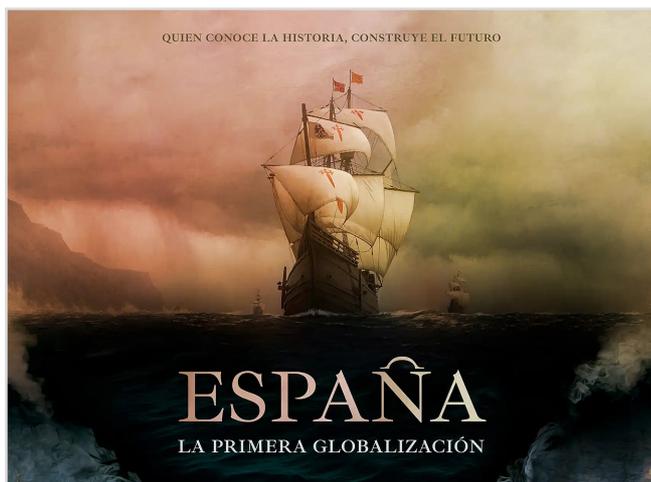
Emilio Domínguez Díaz para *El Correo de España*

Había que ir a verla y, tras varias semanas en cartelera, fui. Nobleza, orgullo, historia e identidad obligaban. Además, lo hice con el absoluto convencimiento de que esa moderna y casi imperiosa necesidad de ponerse de rodillas no iba conmigo ni el cine era el lugar idóneo para ello a pesar de que, por el sentimiento de culpabilidad tan manido hoy en día, el paripé de ofendidos y odiadores no entiende de protocolos y

mucho menos de respeto. Con el ridículo y sus lagunas históricas, además del continuo consumo de leyenda negra, les basta.

Ni que decir tiene que, desde mi punto de vista, las hazañas de aquellos héroes y los gestores de sus empresas han supuesto una inmensa e irrepetible obra de grandeza para la historia y desarrollo de nuestra humanidad independientemente de la perspectiva desde donde se mire. Y si a alguien le ofende o siente vergüenza por ello,

ya sabe: reclamaciones al maestro armero o, si resulta más sencillo, a seguir nutriendo su ignorancia con los falaces postulados de turno.



Hablamos, hemos de reconocerlo de pie y henchidos de admiración, de lo que era el mundo en la Edad Media y en lo que evolutivamente se convertiría con el paso de los siglos y el imponente despliegue de medios y acciones de nuestra gran Nación. Al César lo que es del César.

El documental "España, la primera globalización" nos presenta una doble vertiente. Por un lado, la de los nostálgicos recuerdos para los que somos conocedores y aún nos enorgullecemos de las grandes gestas de España como aquel Imperio que, en extensión y poder, no tenía parangón en el orbe hasta el punto de no ponerse el sol en sus vastos territorios. Por otra parte, el histórico y educativo enfoque que tanto nuestros alumnos de jóvenes generaciones y los habituales consumidores de odio han de conocer desde una atalaya alejada de la mentira y, con rigor académico, sustentada en la verdad histórica que combate a "hunos" y "hotros", los de dentro y los de fuera.

Aunque pueda ser una pesadilla para muchos, nacionales y foráneos, la Historia de España no admite dudas a pesar de un destacado grado de complejidad por su grandeza y el relato antagónico que, como un martillo pilón, se ha preocupado única y exclusivamente de percutir contra el enemigo a batir, nosotros, como fiel reflejo de la impotencia de naciones a las que, paradójicamente, no se les ha aplicado la misma vara de medir en juicios *ad hoc* exentos del trato y esa persistente intensidad inquisitorial derrochada contra España.

Seguramente, ha sido cuestión de intereses creados, de esa contagiosa envidia que corroe a todo aquel que la utiliza como arma arrojada contra sus enemigos. Y, sin duda, siempre han proliferado adeptos a este acoso y derribo, a la vil causa de intentar suplantar u ocupar el primer puesto en aquella ejemplar colonización hispana emprendida allende los mares.

Sin embargo, también hubo lugar a las sombras y, para infame consuelo de adictos al odio a España, a la oscuridad cuando nuestros enemigos apagaron la luz de la verdad en un intento de ensombrecer la realidad de unos hechos enarbolando la bandera de la falsedad junto a aliados que, durante siglos, han sabido ver y atacar la debilidad de nuestros regidores a la hora de defender un relato histórico incomparable con el inexistente o de nivel principiante en cualquier otra nación del mundo.

A través de cualificados expertos y la evidencia de rotundos comentarios, el documental arremete contra la propaganda sibilinamente gestada en el mundo anglosajón o los Países Bajos hasta el punto de haber logrado que muchos descendientes de aquellos pioneros y aventureros españoles hayan interiorizado un inconcebible sentimiento de culpabilidad. No cabe la menor duda de que las "aventuras" coloniales de esos archienemigos se aproximan más a la indignidad que a las medallas que pretenden colgarse. Consejos vendo que para mí no tengo.

Además, el humilde y laborioso trabajo del director José Luis López-Linares y las sólidas aportaciones de María Elvira Roca Barea, Pedro Insua o Marcelo Gullo, entre decenas de entrevistados, ofrecen nuevas interpretaciones sobre el período histórico de los Reyes Católicos, la llegada a América y su impacto global, desde Occidente a Oriente, señalando causas y culpables de ese pesebre de hispanofobia del que muchos hacen uso para abreviar su odio y rencor hacia España y su gloriosa Historia con, en muchos casos, el millonario beneplácito de infames subvenciones públicas mendigadas por los de siempre.



A lo largo del documental, hay ejemplaridad en testimonios y pruebas como el testamento de Isabel I, la labor de Hernán Cortés (y doña Marina) contra los aztecas, los planes de Carlos I en lo referente a los derechos de los habitantes de nuevos emplazamientos, el impecable trabajo jurídico de Francisco de Vitoria, la excepcionalidad del mestizaje, las rutas y viajes de Magallanes y Elcano, la expulsión religiosa de los judíos o los brillantes logros de la Universidad de Salamanca anticipándose a descubrimientos matemáticos, técnicos o científicos que, años después, gozarían de admiración mundial en otros ámbitos como consecuencia de las habituales carencias de gestión y promoción de los "dueños" de nuestros designios.

José Antonio Primo de Rivera era mejor orador que poeta; pero el poeta que llevaba dentro imprimió a su Falange un aire lírico y vanguardista que atrajo, pese a ser tan minoritaria, a una sorprendente pléyade de artistas. Su Falange, más emoción que razón, cautivaba no tanto por su programa como por su mística de ángeles y luceros forjada por él y su corte de poetas. Él sabía que, más que grandes proyectos políticos que hiciesen pensar, debía ofrecer ideales y emociones que hiciesen sentir. Al marxismo le iba bien con esa estrategia: sus adhesiones no se debían a la lectura de *El capital*, sino al profundo deseo de justicia; y frente a una derecha legalista y sin emociones, muy ocupada en ser reacción frente a la revolución, la Falange era acción y aportaba heroísmo, caballeridad y poesía.

Ese fue uno de sus logros. Pero ¿cuál era realmente su aspiración? Poesía frente a ideología.

En su pensamiento vibra implícita una distinción entre poesía e ideología: la primera expresa el alma del pueblo y la segunda la manipula. Cuando decía: “a los pueblos no los han movido más que los poetas”, estaba declarando que la única forma legítima y eficaz de conmover al pueblo para elevarlo o empeñarlo en empresas que estén a su altura, es la poesía, porque ella nace del pueblo, bebe de su tradición, le da el agua que lo sacia, apela a sus aspiraciones más íntimas, conoce sus talentos naturales, y, como híbrida de cielo y tierra que es, lo enaltece. La ideología, en cambio, se alza contra todo lo anterior a sí misma y, por tanto, contra los tres pilares del pueblo: la religión, la tradición y su manera propia de dar respuesta al despliegue de la naturaleza humana; lo que la ideología pretende es dividirlo, desnaturalizarlo, transformarlo en otra cosa, porque el pueblo no le gusta y, por ello, no es ni eficaz ni válida para el alto cometido de sacar de él lo mejor de sí mismo.

La Falange de José Antonio era el único movimiento que se definía por “la poesía que promete frente a la poesía que destruye”: esta es la del poeta ideologizado que disfraza de versos sus panfletos, y aquella la del poeta que canta no para que el pueblo deje de ser lo que es, sino para que sea más y mejor lo que es, lo que está llamado a ser cuando desaparezcan la miseria y las ideologías que lo desgarran.



Lorca, el poeta de la Falange. Por eso, cuando José Antonio afirma misteriosamente que Federico García Lorca era “el poeta de la Falange”, no estaba diciendo que fuese su correligionario, sino que cantaba y amaba a la misma España que él: una abierta al mundo y a la Hispanidad, sin pobreza ni miseria, pero sin renunciar a sus raíces y a su historia. Frente a la derecha que veía en García Lorca un autor indecente; frente a la izquierda que veía en él un poeta burgués, José Antonio

veía en él el poeta libre capaz de aunar a todos los compatriotas con esa poesía suya tan española como universal, tan audazmente moderna como orgullosamente tradicional. Si la derecha le pedía a García Lorca que cantase solo a las flores y la izquierda que diera el paso hasta una poesía obrerista, José Antonio no le pedía más que siguiese siendo quien era, pero no frente a él, sino con él.



Frente a Platón, que no quería poetas en su Estado ideal porque iban a su aire, José Antonio los quería precisamente porque iban a su aire, sin que los gobernantes filósofos les dictaran lo que tenían que decir; bien sabía él que lo que inspira al poeta son los temas de siempre, los eternos, los ajenos y anteriores a los intereses ideológicos: amor, muerte, patria, heroísmo, familia...

Idealismo inspirador. La derecha descuidaba la poesía y la izquierda la utilizaba; pero él, más idealista que ideólogo, la sabía por encima de las ideologías y la quería como cúspide, como estrella polar, y no como propaganda. A su lado, el poeta tenía que cantar, no corear unas consignas.

Esa era su aspiración. Si no lo consiguió fue porque, pese a su rechazo de las ideologías, él mismo, sobre todo en su primera etapa política, se había dejado contaminar de una de ellas: el fascismo (bien es verdad que más en las formas que en los contenidos), y por ello su Falange aparecía ante García Lorca y ante muchos otros como inapropiada para esa alta misión. Quizá hubiera logrado unir a más poetas aquel último José Antonio que acabó declarando que el fascismo había sido un error, un sucedáneo de Dios, una “religión vacía”; por desgracia ese José Antonio ya estaba en la cárcel, a las puertas de la muerte.

Pese a todo, ese fue uno de sus grandes aciertos: apelar a la poesía como legítima heredera de una tradición, eficaz inspiradora de la acción, salvadora de una

civilización, alta estrella que, ajena e inaccesible a las ideologías, caldeaba los corazones particulares y guiaba a los pueblos en la noche. La poesía era un terreno en el que las ideologías no podían lidiar.

José Antonio llevó la iniciativa en eso que ahora se denomina la batalla cultural contra la izquierda. Esa airosa forma suya de convertir, mediante la poesía, la reacción en acción eficaz a favor de la tradición y en contra de las ideologías utópicas sigue ejerciendo un enorme atractivo para todos aquellos conservadores que tienen un revolucionario dentro con el que no saben qué hacer.

10

Laurel

Demetrio Castro Villacañas

Cubra tu sien laurel reverdecido
y en el silencio de tu muerte extraña
vibre un grito de gloria para España
al filo de su sangre conseguido

Lama el Wolchow tu tumba estremecido
al vuelo de su corte la guadaña
labre ritmo de amor y no de saña
para tu eterno sueño de elegido.

Florezca el bosque en ti, en ti la rosa,
y cada invierno sobre el cuerpo helado
cante la nieve llama venturosa.

Para arrullar tu puesto conquistado,
y grave sobre ti, la mejor prosa,
el himno al sacrificio del soldado.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com